

¿Se goza el COVID19? Movimiento, hogar y cuerpo.

Texto de trabajo en el Cartel COVID#19 Lacan Salon. La versión final será publicada en Contours e-journal (SFU Institute for the Humanities) Primavera/Verano 2020.

Unas semanas antes de que la Organización Mundial de la Salud declarara la pandemia mundial del virus COVID19, el 12 de marzo de 2020, la vida cotidiana había comenzado a verse alterada por una nube siniestra que avanzaba contundente desde Asia hasta Europa, al continente americano y al resto del mundo. Freud concibió lo *ominoso* como un fenómeno complejo de características diversas tales como: un afecto que transmuta en angustia a través del retorno de lo reprimido (SE, 17, 241), que se relaciona íntimamente con la muerte, los cadáveres y el retorno de lo muerto (241); la consciente repetición involuntaria (238) que reproduce la ansiedad de castración; (233) y, lo que es más importante en esta crisis, la opacidad entre la fantasía y la realidad (244) causada por el desarrollo autónomo de una entidad animada. Lo ominoso actual se manifiesta en nuestro temor a la muerte y al contagio, en el incremento de la repetición de muertes globales y en las profundas perturbaciones de la vida humana causada por el Coronavirus, que carente de metabolismo porque no se alimenta o excreta, sólo busca hackear células para reproducirse *ad infinitum*.

Sin lugar a duda vivimos un momento histórico extraño, que genera quizá la sensación de estar fuera de la realidad, en una película de ciencia ficción. Este es un evento universal (noción que trabajo en *So, You Want a Master?* 2020), es decir, el Coronavirus es algo que nos afecta negativamente a todos -la potencial muerte por infección- y que además demanda abolición. Sabemos, sin embargo, que la pandemia como un efecto indudable del sistema capitalista, brutalmente inequitativo, individualista, ecológicamente devastador, y con instituciones científicas y de salud debilitados, afecta más a unos que a otros. El residuo de lo traumático de la pandemia -eso que queda sin significación o inscripción simbólica- queda parcialmente velada en un retorno a la individualidad y al nacionalismo.

El virus COVID19, como el *objeto a*, es una espectralidad invisible a simple vista que nos impacta de formas que aún no conocemos o entendemos del todo, y sus consecuencias son aún indeterminadas. Siendo una irrupción de lo Real, siempre traumática, el evento Coronavirus dobla nuestro aparato simbólico, y nos obliga a enfrentarnos con esta nueva forma de lo *Real*. Encendidos por lo traumático del evento, hemos contraído la fiebre contagiosa de querer decirlo todo sobre la pandemia, la cual inyecta la producción artística y cultural con una abrumadora proliferación simbólica e imaginaria con el objetivo de significar un proceso de lo Real desasido.

Pero más allá del afecto causado por la amenaza de un posible contagio y la realidad de la mortalidad masiva, la pandemia nos despierta: la vida puede ser totalmente diferente y el mundo está por reinventarse. Tal vez como una lección propedéutica, dada la inminente fatalidad del cambio climático, lo Real *qua* naturaleza propone una oportunidad al Capitalocene -el humano sujetado por el sistema político devastador del ambiente, termino propuesto por Jason W. Moore (2017). Con esta crisis se nos ofrece la posibilidad de responder a nuestro síntoma colectivo: el

proletariado, es decir, el COVID19 propone la posibilidad de asir la contingencia y responder con una organización que atienda la radical inequidad y desarreglo de nuestro tiempo.

Las posibilidades de infectarse y sufrir la muerte, la precariedad de la vida social, y el futuro sanitario y económico incierto, crean condiciones fecundas para la emergencia del miedo, la angustia, el sufrimiento y el goce. El goce en el sentido lacaniano, es una cualidad humana universal que encarna la tensión psíquica excesiva, y produce efectos que van desde el placer, la angustia, el goce propiamente dicho (un placer mórbido o autodestructivo que significa el Otro internalizado), hasta el plus de gozar (la ocurrencia de un exceso, vinculado al discurso social, que produce paradójicamente una falta que no satisface). La pandemia se sufre, pero es igualmente gozada. Entre las innumerables experiencias que causan el goce de esta pandemia, tres parecen centrales: los *cuerpos*, en su dimensión de comunidad; el *movimiento*, que está vinculado al deseo y el espacio del *hogar* que nos cuestiona la política.

Cuerpos: Comunidad

El COVID19 nos demuestra el inevitable entrelazado en el que vivimos con los demás. Lacan llamó a esto *extimidad* (S7, 139), una topología de conexión psíquica entre el interior y el exterior, como en la banda de Moebius o la botella Klein, entre un humano y los otros. Tenemos que retirarnos de los espacios regulares y de las prácticas habituales para "aplanar la curva" del contagio: para poder cuidarnos a nosotros mismos, tenemos que cuidar de los demás. Este nuevo orden muestra la conexión íntima entre los seres humanos, no solo socialmente sino, en este caso, estadística y biológicamente.

Esta condición de la otredad es paradójica y trae consigo un gran descontento que parece ser agitado de manera doble: por un lado, el aislamiento en la cuarentena requiere el distanciamiento del otro por cuestiones de seguridad, anulando lo táctil y convirtiendo al otro en ominoso por su potencial de contagio (incluso el contacto visual se debilita en las calles, como si la mirada extendiera el contagio) lo cual impacta, entre otras cuestiones importantes, la realización del amor y la solidaridad entre aquellos que no viven juntos durante la pandemia. Por otro lado, el contacto físico ahora limitado a aquellos con quienes compartimos una vida afecta las habituales salidas de la tensión psíquica -libido y destrudo-, y la vuelca en exclusiva hacia el propio cuerpo y al de la familia, lo que implica un trastocamiento importante en la regulación misma de los goces, que demanda la renegociación de los mecanismos estructurales de alienación y separación.

Por otro lado, con el interdicto pandémico limitando el contacto social, nuestra condición ciborg se agudiza. En un texto reciente *Will a cyborg steal my jouissance?* (2019) planteo la coproducción subjetiva que establecemos con el dispositivo tecnológico reproducido en masa (laptop, teléfono celular, redes sociales), al que Lacan llamo *lathouse* (S17, p. 63), que ha dado lugar a una descarnación del cuerpo del otro, llevando a privilegiar el vínculo con los objetos digitales en lugar de con los humanos, beneficiando con todo ello al capital digital, a costa de un lazo social debilitado. La pregunta por determinar es si esta pandemia pondrá de hecho el objeto

digital (¿Zoom?) al servicio de la vinculación social, de relaciones más humanas, en lugar de servir al capitalismo.

Movimiento: Deseo

El dinamismo diario, ese ajeteo impuesto por la vida urbana, se desaceleró por la fuerza y muchos encuentran en ello oportunidades placenteras para detenerse y pensar, relajarse y reinventar el tiempo, el espacio, el ser y la comunidad. El analista observa en la práctica clínica algunas declaraciones sin precedentes, audacia para reposicionarse en la vida, una mayor sensación de estar vivo y con propósito bajo estas circunstancias, cuya precariedad han abierto oportunidades de solidaridad, reconocimiento y acción. La pausa de lo cotidiano contrasta con la frenética actividad en los medios de comunicación y las redes sociales, y esa prisa es para algunos una verdadera excitación que alivia una sensación de vacío o acoge un caos generalizado que normaliza el propio.

Sin embargo, la estridente proliferación simbólica e imaginaria ha hecho que muchas otras personas se sientan desorientadas o vaciadas de energía para pensar y crear. La flexibilidad espaciotemporal lograda da pie a una opacidad emergente del lugar estructural del Otro, que se difuminó. El Otro con mayúscula, esa entidad interiorizada que vigila y crea el significado de lo que somos, tampoco sabe en la pandemia. Aunque no exista el Otro en realidad, su lugar es una necesidad estructural para activar el movimiento hacia el deseo; en la pandemia el lugar difuso del Otro puede llevar a la procrastinación, la evitación o la parálisis en lo individual, o a la apatía comunitaria y política en lo colectivo. Sin saber cómo resolver el movimiento hacia el deseo, el sujeto se pierde en la impotencia o la persecución superyoica. ¿Qué mecanismos transferenciales -el sujeto supuesto saber- pueden catalizar el movimiento hacia el deseo emancipatorio, en lo individual y social, durante la pandemia?

Hogar: Política.

El hogar y la propiedad privada individual regresan como el sitio privilegiado de la seguridad durante la crisis del COVID19. Las relaciones psico-espaciales en el hogar, en ausencia de la habitual socialización, requieren negociaciones que siempre convocan el ejercicio del poder. La redistribución espaciotemporal del hogar puede ser una oportunidad para descubrir de nuevo la intimidad entre los miembros del hogar: visitar las prácticas de "hacer juntos", etc. Pero estar confinado en el hogar puede acarrear también tensiones crecientes que conducen a la violencia doméstica o a la regresión emocional. Las personas que viven solas quizás disfrutaban de mayor tiempo para realizar actividades a las que no han podido dedicarse antes, pero algunos experimentan la sensación extraña de no ser tocados por nadie desde hace unas semanas.

El hogar como un refugio renovado se extiende a la nación y contrasta dramáticamente con la realidad económica que se avecina, y que afectará a todos y más gravemente aún a los más vulnerables entre nosotros: los indigentes, los refugiados, los inmigrantes que carecen de un

hogar y que constituyen ese síntoma colectivo que no alcanzamos a inscribir. Queda la pregunta por decidir si podremos hacer, aunque sea parcialmente, legibles los residuos de este trauma para asir las posibilidades de acción política que se nos abren.

Hilda Fernández-Alvarez

Vancouver, Canadá. Abril 3, 2020.